



HACIA UNA **HISTORIA DE LA FILOSOFÍA EN MÉXICO Y AMÉRICA LATINA**

Alfonso Rangel Guerra

La filosofía en México ha tenido a lo largo de los años, y de los siglos, una presencia que se remonta al tiempo inmediato posterior a la conquista., cuando llegaron de España Fray Alonso de la Vera Cruz y otros pensadores. Más tarde, hubo también criollos que dejaron testimonio de su pensamiento y después se amplió el número de quienes participaron en este proceso de continuidad de las ideas y la fundamentación del pensamiento. Sin embargo y a pesar de esta larga presencia filosófica en México, poco se ha escrito de la historia de esta importante porción de la cultura nacional. La obra más reciente que se publicó en México sobre aspectos de historia de la filosofía en nuestro país la debemos a Antonio Ziri6n Quijano, cuya *Historia de la fenomenología en México* se publicó por Red Utopía, A. C. Jitanjáfora, el año de 2003, en la ciudad de Morelia, Michoacán. Ahora contamos con el libro de Gabriel Vargas Lozano, *Esbozo de historia de la filosofía en México (Siglo XX)*, coeditado por CONARTE y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en 2005. El título se complementa con la mención “...y otros ensayos”, que por ser dedicados todos a autores y obras correspondientes al campo de la filosofía en México, puede decirse que todo el volumen se dedica a analizar el pensamiento filosófico en México.

El propio autor reconoce que la historia de la filosofía en México, y también en Latinoamérica, ha sido ignorada o relegada a un segundo término, problema presente a lo largo del tiempo. Es curioso que todavía hoy se presente esta circunstancia, a pesar de que la segunda mitad del siglo veinte haya sido uno de los momentos más ricos de la producción filosófica mexicana, precisamente después de la llegada de los filósofos del exilio español, que dieron un notable impulso a la filosofía en nuestro país: Joaquín Xirau, Eugenio Ímaz, Juan David García Bacca, Eduardo

Nicol y sobre todo José Gaos, cuyos treinta años de vida en México estuvieron dedicados a enseñar y a escribir sobre filosofía, dejando un importante número de discípulos que continuaron su obra y enriquecieron notablemente el campo de las ideas filosóficas en nuestro país. Tal circunstancia nos obliga a reflexionar sobre esta situación, derivada, según el autor, del fenómeno del eurocentrismo, dominante en el pensamiento mundial; esto es, la visión universal de la historia entendida como un proceso conducido e impulsado por el pensamiento europeo como generador de ideas y de los sistemas filosóficos, más las acciones políticas y económicas dominantes. Gabriel Vargas recoge la afirmación del peruano Augusto Salazar Bondi, quien afirmó que lo que pasa en los países latinoamericanos es resultado del “carácter ondulatorio de nuestra reflexión”, fenómeno consistente en la adhesión a las modas o tendencias procedentes del pensamiento europeo, que poco después de ser aceptadas son rechazadas para después ser cambiadas por otros movimientos y escuelas igualmente europeos.

Es interesante señalar en el libro de Gabriel Vargas el acercamiento que se hace al movimiento positivista mexicano y su presencia en la vida pública y social de México, análisis con el que precisamente empieza su esbozo de historia de la filosofía en México en el siglo XX. Quizá ninguna otra corriente de pensamiento como el positivismo adquirió tal fuerza en la concepción y operación de la vida mexicana en su conjunto, a partir de la influencia y vigor que esta corriente filosófica adquirió a partir de las orientaciones que impusieron a la educación mexicana, como visión y como interpretación de la vida y sus valores fundamentales. La Escuela Nacional Preparatoria, concebida y establecida a partir del positivismo asumido por Gabino Barreda, prevaleció como modelo educativo nacional de la enseñanza media por varios decenios y aún después de que la corriente

literaria que la animó ya había pasado y prácticamente desaparecido de la escena social y política del país.

Este esbozo histórico de la filosofía en México se divide en dos partes. La primera partiendo del positivismo, pasando por las figuras filosóficas del Ateneo de la Juventud, Antonio Caso y José Vasconcelos, y después Samuel Ramos, para ocuparse más adelante de los filósofos del exilio español hasta la generación de los hiperiones. La segunda parte comienza con el historicismo, impulsado por Eugenio Ímaz, Juan Roura Parella, José Gaos, Edmundo O’Gorman, Justino Fernández y Leopoldo Zea, ocupándose más adelante de la polémica de Gaos y Nicol sobre el historicismo, y de la filosofía americanista a partir de Leopoldo Zea; y después de la filosofía analítica animada por Luis Villoro, Fernando Salmerón, Alejandro Rossi y la filosofía de la praxis de Adolfo Sánchez Vázquez, y el marxismo.

En relación con la polémica entre Leopoldo Zea y Luis Villoro, afirma el autor que aquí se enfrentaron dos posturas antagónicas: la concepción historicista y la visión analítica. Gabriel Vargas propone una tercera opción, a partir del reconocimiento de tres sentidos referidos a la autenticidad: la autenticidad del individuo, la autenticidad de algunos problemas referidos a una cultura determinada y la autenticidad como sinónimo de originalidad. En esta segunda parte del esbozo de la historia de la filosofía en México, Gabriel Vargas dedica algunas páginas a una figura olvidada del pensamiento mexicano del siglo XX y que estuvo vigente en su segunda mitad: Elí de Gortari, cuya obra se orientó a la lógica dialéctica. En las conclusiones de su esbozo histórico del siglo XX, afirma Gabriel Vargas que “El análisis de la evolución de la filosofía en dicho siglo revela que ha estado presente en todas las etapas de la historia de nuestro país, cumpliendo una función social y cultural relevante. La filosofía – concluye– se ha encontrado presente como un componente fundamental de las principales instituciones educativas de México.”

Los ensayos que integran este libro son el dedicado a la polémica de Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, la obra de Leopoldo Zea, la obra de José Gaos, el debate de la filosofía latinoamericana, la obra de Luis Villoro y dos elementos finales: un conjunto de reseñas de libros sobre aspectos de la filosofía y el titulado “La batalla por *Sophia*”, referente a los congresos de filosofía realizados recientemente en México. Nos ocuparemos solamente de dos de estos ensayos: “Las sendas de Gaos” y “El debate de la filosofía latinoamericana”.

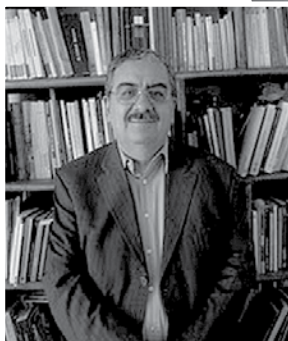
La figura de José Gaos sobresale en el conjunto de pensadores y filósofos del exilio español en México. Su definida vocación docente lo convirtió en poco tiempo en el maestro de varias generaciones. Esta circunstancia, sin

embargo, propició que la figura del filósofo español nacionalizado mexicano, quedara circunscrita a la función docente, y en cierto modo encubriendo la obra del filósofo, si bien su bibliografía, cuando llegó el momento de editar sus obras completas, coordinadas hasta su muerte por su discípulo, el filósofo mexicano Fernando Salmerón, estableció la necesidad de programar diecinueve volúmenes, que ya en estas fechas deben estar terminándose de publicar, ahora bajo la coordinación, después de la muerte de Fernando Salmerón, de Antonio Zirión Quijano.

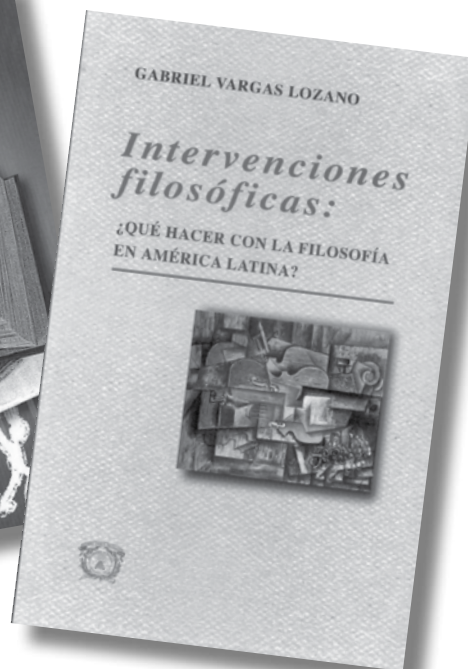
La idea de Gaos que recoge Gabriel Vargas en el citado ensayo, es la siguiente: “No habrá filosofía mexicana en la medida en que no hay historia de la filosofía mexicana.” Es decir, se requiere que conozcamos, pensemos y valoremos cómo fue el proceso de integración y desenvolvimiento de la filosofía en México, para que se pueda considerar el acercamiento al paso siguiente: el desarrollo del pensamiento propio en el campo de la filosofía. La afirmación de Gaos se hizo en la segunda mitad del siglo XX y Gabriel Vargas afirma que “cincuenta años después de publicar estas reflexiones no tenemos una historia de la filosofía profundamente realizada, omnicomprensiva y en donde se ponga de manifiesto, por un lado, la incidencia de la filosofía en la educación, en la ciencia, la creación literaria y artística, la política o la ideología y, por otro, las aportaciones originales que indudablemente se han hecho al pensamiento universal.” En torno a este problema, Gaos considera que la posibilidad de hacer una filosofía original radica en la necesidad de poseer una voluntad de hacerla, es decir, según afirma, hay que “elaborar una filosofía nacional original.”

Estas ideas de Gaos nos llevan al otro problema, al de la identidad de la filosofía latinoamericana, expuesto por Gabriel Vargas en el ensayo del mismo nombre. En relación a la pregunta de si existe o no una filosofía latinoamericana, el autor expone la tesis de Francisco Miró Quezada, que considera cuatro diferentes razones para identificar las causas de que no haya una filosofía latinoamericana: la “desarrollista” de Francisco Romero, la “liberacionista”, del anteriormente citado Salazar Bondi, la “afirmacionista”, de Leopoldo Zea y el “integralismo”, del propio Miró Quezada. Sería prolijo detenernos a revisar cada una de estas posiciones, y dejemos sólo mencionado que en el planteamiento del problema se considera también en qué medida la filosofía coadyuva o no a la superación del subdesarrollo.

Sin embargo, optamos por regresar a la idea de Gaos, en el sentido de que se requiere la voluntad expresa de hacer una filosofía original. Este último aspecto, la originalidad de la filosofía propia, consideramos es el punto central sobre el que debe reflexionarse para responder si existe o no una filosofía en Latinoamérica. Gabriel Vargas, al cuestionarse este problema, el carácter original de la



Gabriel Vargas Lozano



filosofía latinoamericana, añade los calificativos de “genuina” y “auténtica”. Lo genuino en filosofía sería lo que no se confunde con lo que sea propio de la filosofía, es decir, no se confunde por ejemplo con la historia de las ideas o con otro ámbito del pensamiento que sea propio del fenómeno de que se trate; y auténtico es aquello que se refiere a nuestra realidad, y que también sea congruente con el pensamiento de quien lo expone. Obviamente, una filosofía puede ser genuina y auténtica, pero no necesariamente original. Para ser original requiere ser una aportación que añada conocimiento al ya existente, es un planteamiento que enriquece el pensamiento ya expuesto y trabajado antes por otro, con elementos que puedan considerarse nuevos. La aportación de nuevo conocimiento caracteriza a la filosofía original y puede afirmarse que para que esto ocurra en el campo de la filosofía no se requiere que ese pensamiento nuevo corresponda por necesidad a un sistema filosófico íntegro. Hay obras filosóficas fundamentales en la historia mundial del pensamiento filosófico que no corresponden a la manifestación de un nuevo sistema filosófico. Lo que se requiere como original es un análisis que nunca antes se haya hecho, de manera que la aportación consista en develar la naturaleza y condición de aquello que es el objeto del estudio filosófico. Si tomamos como ejemplo el libro de Luis Villoro *Creer, saber, conocer*, puede considerarse que estamos ante una exposición nunca antes realizada sobre estas fundamentales acciones humanas. Lo mismo ocurre con los libros *De la filosofía* o *Del hombre*, de José Gaos. O cualquiera de las obras de Juan David García Bacca, desde su *Invitación a filosofar* hasta la *Filosofía de la música*. Todas estas obras, y muchas más, son expresión de una filosofía propia en México y en Latinoamérica. Y si fuéramos más exigentes y sólo se considerara la obra de filósofos nacidos en México, se citarían los casos del propio

Caso, Vasconcelos, y posteriormente Emilio Uranga, Fernando Salmerón y varios más. Hay una consideración que merece señalarse. En estricto sentido, Alfonso Caso y José Vasconcelos, por ejemplo, pueden considerarse como formados en la filosofía por su propia vocación e interés en dedicarse al desarrollo de sus ideas filosóficas. Si bien su formación profesional fue la de derecho, sus propias lecturas y su interés en el análisis de las ideas filosóficas los llevaron a la práctica de la filosofía. Otra es la situación de las generaciones siguientes, a partir del desarrollo de los estudios filosóficos en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, situación que se enriqueció a partir de la llegada de los filósofos españoles exiliados en México. Entonces empezó a verse una circunstancia diferente: la sucesión generacional de estudiosos de la filosofía y la continuidad en el proceso de integración de maestros y discípulos. Así fue surgiendo en México una serie de generaciones de egresados de filosofía que se convirtieron en profesionales en este campo. Con esta circunstancia aumenta la producción bibliográfica de filósofos mexicanos, todos ellos procedentes de las citadas generaciones de profesionales de la filosofía.

Quizá ahora México tenga mejores posibilidades de contar en un futuro próximo con una historia integral de su filosofía. El trabajo de Gabriel Vargas Lozano es, en buena medida, un anticipo y un acercamiento a esta futura posibilidad, que daría cumplimiento a la tesis expuesta por José Gaos hace ya medio siglo. ▣

Alfonso Rangel Guerra (Monterrey, 1928). Abogado y escritor mexicano. Fue Rector de la Universidad de Nuevo León; Secretario General de la ANUIES; Presidente de CONARTE y actualmente es director del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León. En 2009 le fue concedido el Premio Internacional “Alfonso Reyes”.